

**La violencia en los medios
de comunicación,
generación noticiosa y
percepción ciudadana**

Mauro Cerbino, editor

**La violencia en los medios
de comunicación,
generación noticiosa y
percepción ciudadana**



FLACSO
EQUADOR

© De la presente edición:
FLACSO, Sede Ecuador
Páez N19-26 y Patria,
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 2232030
Fax: (593-2) 2566139
www.flacso.org.ec

ISBN: 9978-67-095
Coordinación editorial: Alicia Torres
Cuidado de la edición: Paulina Torres
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: RISPERGRAF
Quito, Ecuador, 2005
1ª. edición: febrero, 2005

Índice

Presentación	9
Introducción	11
<i>Mauro Cerbino</i>	
Primera parte	
Periodismo e imaginarios ciudadanos: generación noticiosa y percepción de inseguridad	
Seguridad ciudadana y conflictos sociales. Cobertura y tratamiento en la TV	21
<i>Chiara Sáez Baeza</i>	
Violencia, miedos y medios de comunicación: desafíos y oportunidades	51
<i>Lucía Dammert</i>	
Periodismo, medios y percepción de seguridad en escenarios urbanos. Reflexiones en el marco de la renovación urbanística y cultural de Bogotá en la última década	73
<i>Fabio López de la Roche</i>	
Maniqueísmo y personalización en el cubrimiento periodístico de acontecimientos violentos: el “caso Fybeca” en el Diario El Universo de Guayaquil	101
<i>Mauro Cerbino</i>	

Segunda parte

**Cobertura y generación de noticias sobre violencia:
el problema de la responsabilidad social de los medios de comunicación**

La responsabilidad del investigador periodístico de la violencia 131

Álvaro Sierra

Las violencias televisivas 149

César Ricaurte

De medios de comunicación y la violencia a medias 163

Lenín Artieda

Segunda parte
**Cobertura y generación de noticias sobre
violencia: el problema de la responsabilidad
social de los medios de comunicación**

La responsabilidad del investigador periodístico de la violencia

Álvaro Sierra

Si el periodismo de investigación es un arte en sí mismo —y uno de los más complejos del oficio— la investigación periodística de la violencia es quizá el reto más importante que enfrenta esta profesión.

Esto no es una exageración. La investigación periodística es, por definición, difícil y riesgosa. Lo es mucho más adelantarla en condiciones de alta violencia urbana, como las que imperan en casi todas las naciones latinoamericanas; en medio de las tensiones y secuelas del narcotráfico, como sucede de manera creciente en Brasil y México o, desde hace tiempo, en Colombia; o en el marco de un conflicto armado, como ocurrió en Perú hace unos años y tiene lugar hoy en Colombia. Si a las dificultades básicas evidentes para investigar en un entorno violento se añade hacer de la violencia misma el objeto de investigación, tanto los problemas que enfrenta el periodista investigador como las eventuales repercusiones de su trabajo se multiplican geométricamente.

Ubicación del debate

El debate académico (y periodístico) sobre las relaciones entre los medios de comunicación y la violencia en la sociedad viene adelantándose desde los tiempos en que a la prensa escrita se le atribuía la responsabilidad por la violencia juvenil, en el siglo XIX; luego al cine, en los años veinte; al cómic en los cincuenta, y a la televisión en los sesenta, cuando se descubrió que los niños estadounidenses pasaban más tiempo con ella que con cualquier otro medio, incluso sus padres, niñeras y compañeros de juego.

Este debate está ligado a otro, entre los estudiosos de la comunicación de masas, sobre la magnitud y los mecanismos de la influencia de los medios en la sociedad. Ninguna de las dos discusiones ha llegado a conclusiones terminantes y ampliamente compartidas –por eso, se trata, precisamente, de debates–, pero ambas son un marco indispensable para considerar la investigación periodística sobre la violencia.

Para simplificar, recurrimos aquí a dos teóricos italianos (Bettetini y Fumagalli, 1999) que resumen con claridad la evolución y las tendencias del primero, y a un investigador español (Rodrigo, 1996), que hace lo mismo con el segundo.

Muy esquemáticamente, ambos debates pueden presentarse así:

La influencia de los medios

Los primeros estudios sobre la influencia de los medios consideraban a éstos omnipotentes y al receptor como una suerte de consumidor pasivo e indefenso, cuya opinión era fácilmente maleable. Muy influenciada por la psicología conductista, la investigación se ocupaba de la *manipulación* mediática sobre una audiencia masiva y uniforme, otorgando a los medios, en especial a la televisión, un poder casi absoluto en la formación de la llamada *opinión pública*.

A partir de los años 40, los estudios de audiencias empezaron a mostrar que la interacción entre emisor y receptor es mucho más compleja. El público no es uniforme; el nivel educativo y cultural de los individuos y sus relaciones de grupo influyen en su consumo de información, y hay una larga serie de factores intermedios que modulan entre la gente la percepción de los mensajes de los medios. En consecuencia, se relativizó mucho la influencia que éstos ejercen en la sociedad y en la formación de opiniones, llegando incluso a minimizar su capacidad de hacerlo.

Por último, la investigación más reciente (cuyas raíces vienen de estudios de los años setenta), se ha centrado en lo que se denomina la capacidad de *agenda setting* (construcción de temario) de los medios masivos. La conclusión, muy simplificada, es doble: el receptor es complejo y no pasivo, y los medios, si bien no parecen omnipotentes a la hora de influir *en qué piensa* la gente, sí ejercen una poderosa influencia al definir *los temas en los que piensa* la gente, es decir, la agenda pública.

A esto debe añadirse que la noticia es, ante todo, un proceso de selección, que centra la atención en unos pocos acontecimientos y temas, de los miles que tienen lugar alrededor nuestro. Para hacerlo, el periodismo moderno recurre a reglas específicas, reglas que, por ejemplo, privilegian el acto violento sobre el pacífico, el dato excepcional sobre el normal, el incidente sobre el proceso, lo individual sobre lo general, lo inmediato sobre lo mediano. En esa medida, los medios de comunicación construyen una realidad peculiar, específica que, en gran medida, es la que consume, a través de ellos, el público y que tiene gran incidencia en la agenda pública. Esto, como lo veremos más adelante, es de gran importancia cuando se trata de la percepción que los medios y la sociedad tienen de la violencia.

Un último elemento que debe considerarse en el análisis es la diferente influencia de cada medio. Cada uno tiene su especificidad y ésta, por supuesto, incide. La radio, en buena parte, se dirige a sectores menos educados de la sociedad, permite al receptor adelantar otras actividades y es lineal y no permite la selección; la televisión impone concentración, llega a todos los sectores, sus contenidos son cada vez más breves y la imagen tiene un poderoso efecto de realidad (*seeing is believing*); los periódicos tienen un público más educado y selecto y permiten que el lector salte o evite temas y, hay tendencia a creer, a que sea más crítico o interpretativo. De aquí, por ejemplo, la discusión sobre si es más importante el efecto de *agenda setting* de la televisión o el de la prensa escrita.

Medios y violencia

En este campo, el debate puede resumirse en dos líneas de investigación: la del *plazo* en el cual la violencia representada en los medios surte algún tipo de efecto en el público, y la del *tipo* de efecto que esa representación produce entre los individuos (una revisión exhaustiva de la literatura sobre el tema específico de la relación entre televisión y violencia puede encontrarse en Lowery y DeFleur, 1995).

En la primera, el debate se centró inicialmente en los efectos de corto plazo que la representación de la violencia opera entre el público, atribuyéndole una fuerte capacidad de impacto inmediato. Una vez que se empezó a relativizar la creencia en la omnipotencia de los medios, el debate se trasladó al largo plazo, es decir a los efectos de la exposición continuada y repe-

tida a lo largo de la vida, desde la niñez (y en particular en esta fase), a la representación de la violencia que hacen los medios, en especial el cine y la televisión. Teorías como la del aprendizaje por observación o la de la adaptación de la conducta tendieron a mostrar que, por acumulación, el efecto puede llegar a ser muy importante.

La segunda línea de investigación se ha ocupado más del tipo de efecto que produce en la sociedad la violencia presentada por los medios. Algunos estudios sostienen que esta genera, ante todo, un efecto catártico, de alivio y liberación, que podría incluso contribuir a prevenir en el espectador conductas violentas (esta teoría se ha empleado, por ejemplo, para explicar por qué Japón, un país con altísima violencia en los medios mantiene muy bajas tasas de violencia en la sociedad). La mayoría, en cambio, sostiene lo contrario: la violencia transmitida por los medios tiende a generar un efecto mimético, de imitación, y a estimular comportamientos violentos. Ambas concepciones comparten implícitamente el postulado de que la violencia en los medios sí influye en los receptores, en el primer caso de manera positiva y en el segundo de manera negativa.

Conclusiones preliminares

Para empezar, parecen pertinentes dos conclusiones —no por obvias, menos importantes—, formuladas, de manera bastante precisa, en una revisión histórica de la investigación adelantada en Estados Unidos, hecha por uno de los más importantes estudios sobre el tema (UCLA, 1996), que sostiene que, aunque parece claro que hay una relación positiva entre la violencia en la televisión y en la vida real, esta dista de ser simple, y los mecanismos según los cuales opera no son tan claros:

“La evidencia científica sugiere con fuerza que hay un vínculo entre violencia en televisión y en el mundo real. El grado y la naturaleza de dicho vínculo no son tan claros. Son más conocidos los efectos posibles que los efectos probables. Se sabe que la televisión no tiene estímulos-respuesta simples, directos en sus audiencias. Se sabe, además, que la manera como la televisión afecta a la gente está influenciada por muchos otros factores, incluyendo hábitos, intereses, actitudes, conocimiento previo, cómo individuos e instituciones usan la televisión, y el entorno socio-cultural en el cual la comunicación tiene lugar. La televisión no tiene efectos uniformes.

Como la televisión tiene diferente impacto en diferentes tipos de culturas, el mismo programa de televisión tiene diferentes efectos en personas diferentes. Cuando se discute el impacto de la televisión o cuando ésta es culpada por haber provocado que algo pasara, nunca se debe sugerir que la sola televisión es causa suficiente. Algo tan complejo como el comportamiento humano no es determinado por un sólo factor. Cada comportamiento es causado por una amplia gama de factores. En diferentes individuos, el mismo comportamiento bien puede ser causado por diferentes factores. Dadas estas dificultades, las precisas influencias de la televisión con muy difíciles de determinar”.

A estas dificultades, después de más de un siglo de investigación sobre la relación entre medios de masas y violencia, debe añadirse que para la prensa escrita o la radio, la relación está mucho menos estudiada.

Pese a lo complejo del debate, puede avanzarse en la precisión de esa relación. Bettetini y Fumagalli combinan el análisis de los efectos de la violencia mediática a largo plazo con su convicción de que éstos son de tipo “mimético”, no “catártico”, es decir, que la violencia televisada o cinematográfica tiende a generar conductas violentas. Retomando a otros autores, señalan que la televisión puede tender a hacer más agresivos a los niños, que la continua exposición a la violencia puede hacer a la sociedad menos sensible a la misma, y que el público, por la dosis de violencia que recibe desde los medios, puede tender a sobreestimar la que realmente existe y a reforzar su miedo o su actitud defensiva.

El efecto, por supuesto, es relativo y depende en gran medida del pasado familiar, las características psicológicas, el nivel educativo y el entorno socio-cultural de cada individuo. Pero ambos autores señalan que, en cualquier caso, la violencia mediática tiene varias consecuencias, claves para el tema sobre cómo ejercer de manera responsable el oficio periodístico de investigar e informar sobre la violencia.

La representación de la violencia en cine y televisión es mucho más elevada que la que tiene lugar en la vida real.

El consumo elevado de televisión puede influir negativamente en el desarrollo de las capacidades de juicio moral del individuo.

En la medida en que la televisión tiende a bloquear la imaginación (o la capacidad de fantasía y decisión propia en los niños), un efecto secundario en individuos frágiles o predisuestos, puede ser el refuerzo de la agresividad.

Contar con exceso de detalle un acto violento en televisión o en cine, al multiplicar la violencia real existente, puede instigar comportamientos de imitación de la violencia.

Para el tema que nos ocupa, de este marco conceptual cabe destacar lo siguiente: hay un amplio consenso en que la relación, al menos entre la violencia en televisión y la violencia en la sociedad, es positiva, y la mayoría de los estudios señalan que hay una correlación entre ver violencia en la televisión y el comportamiento agresivo o la percepción excesiva de la violencia, aunque el efecto varía mucho de individuo en individuo.

Hay también consenso en que, si bien no debe magnificarse la influencia de los medios sobre el público, éstos, mediante los mecanismos de selección con los cuales operan para decidir qué es y qué no es noticia, ofrecen *porciones* de la realidad que, con frecuencia, la gente termina tomando como *la* realidad completa.

En ambos casos —la relación entre medios y violencia y la influencia de los medios en la sociedad— un elemento importante a considerar, y menos investigado, es cómo operan los distintos medios (radio, televisión, prensa, internet), pues es evidente que hay grandes diferencias entre ellos, por sus especificidades y por el tipo de interacción con el receptor.

Los académicos pueden y deben continuar la discusión sobre la magnitud y los mecanismos de la influencia de los medios y la relación entre violencia representada y violencia real. Para los periodistas que se ocupan de investigar la violencia, empero, esta constatación es más que suficiente para asumir lo que debe ser el postulado de partida de su trabajo y el marco general con el cual adelantarlos: los medios y los periodistas tienen una gran responsabilidad al informar sobre la violencia.

Limitarse a esgrimir, contra quienes así lo plantean, el argumento de que los medios tienen la obligación de informar de todo lo que sucede es partir de una premisa falsa. Falsa por dos razones: por una parte, los medios escogen entre todo lo que sucede *porciones* de las que se ocupan (en esa medida no informan de todo lo que sucede, sino que seleccionan, y esto implica, entre otros, criterios y responsabilidad al hacerlo); por otra parte, sea cual sea la magnitud y los modos de su influencia, ésta existe y ello está probado por la aplastante mayoría de los estudios (el imperfecto conocimiento de cómo opera esa influencia es, justamente, una poderosa razón para ser extremadamente cuidadosos al informar sobre la violencia y para preguntar-

se sistemáticamente acerca de sus eventuales efectos).

Estas conclusiones pueden parecer un lugar común. Pero a la hora de discutir con periodistas sobre cómo investigar e informar sobre la violencia, cobran una decisiva importancia. El punto de partida, en este caso, es absolutamente importante.

En esta dirección, Bettetini y Fumagalli proponen algunas líneas de acción generales que pueden tomarse como un punto de partida para tener en cuenta al relatar la violencia en los medios. Tres de ellas son pertinentes aquí:

- Una misma acción violenta puede narrarse de un modo que la apruebe o desaprobe, mediante los mecanismos implícitos propios del lenguaje visual o del texto escrito.
- El inmenso poder educativo de la televisión –que está probado– podría también aplicarse para *contar* la violencia al modo de Shakespeare o de Dostoievski, “con todas sus fuerzas, pero sin complacencia, y, sobre todo, sin quitarle nunca humanidad a las víctimas”.
- Y puede emplearse también para el inverso: “retratar de forma creíble el bien”, lo cual, en la actualidad se hace raramente y con poca destreza.

Éstas, a modo de unas primeras conclusiones generales de las implicaciones para el periodismo que tiene el complejo debate en torno a la relación entre medios de comunicación y violencia, nos permiten pasar a la segunda parte de esta exposición, la del trabajo práctico de investigación de la violencia.

El trabajo periodístico de investigar la violencia

Inmerso como está en los esquemas con los que cotidianamente adelanta su trabajo, no es frecuente que el periodista se interrogue por sus postulados más generales, por las fórmulas implícitas con las que selecciona sus temas y por los procedimientos con los que, de una idea llega finalmente a una publicación. Las líneas que siguen intentan, a partir de la respuesta preliminar a estas cuestiones delineada más arriba, avanzar en lo que podrían denominarse reglas de juego para un cubrimiento responsable de la violencia.

Los tipos de violencia

Para empezar es necesaria una precisión obvia: las violencias no son iguales, y demandan distintos tipos de enfoque y de procedimientos.

Aunque seguramente podrán encontrarse otros, en el caso latinoamericano pueden distinguirse tres tipos básicos:

- La violencia común urbana. Ligada normalmente a condiciones sociales de alta exclusión e inequidad, es un fenómeno típicamente latinoamericano. Aunque existe en otras sociedades, es evidente, por ejemplo, que el mundo musulmán, pese a tener índices de miseria similares a los nuestros, no genera formas de violencia parecidas. Para investigarla, son indispensables un conocimiento mucho más amplio que el del reportero que usualmente cubre los *faits divers* o hace la crónica judicial del día. Rendir cuenta de este tipo de violencia impone un conocimiento serio de la sociedad en la cual se trabaja, y las políticas públicas, y disponer de fórmulas de acceso y contactos en las barriadas más pobres, más que de la sola relación con las fuentes policiales y oficiales.

Ligada a este tipo, está la violencia intrafamiliar, que cobra formas específicas. Asesinatos pasionales, maltrato a los hijos, golpes del marido a su esposa, son temas que generalmente hacen noticia cuando son cruentos o escandalosos (la mujer que le pegó al esposo; el bebé abandonado en un basurero), y que se cuentan entre los preferidos de la prensa amarilla. Una aproximación seria a este tipo de violencia demanda, nuevamente, un conocimiento a fondo de la sociedad y de las políticas públicas (o su ausencia) para enfrentar el problema, de temas culturales y de familia.

- La violencia del narcotráfico. Aunque normalmente aparece ligada a la primera, la violencia que generan los grupos de tráfico de drogas ilícitas, y esos grupos mismos, son un universo particular, generador de muerte y corrupción. Como lo atestiguan el periodismo colombiano y mexicano y, ahora el brasileño, aproximarse a él es increíblemente difícil y muy peligroso. Además de las fuentes de inteligencia oficiales, de gran utilidad, con frecuencia los medios locales, más pequeños, donde estos grupos tienen asiento, disponen de conocimiento de primera ma-

no que, con alta frecuencia, no pueden publicar, porque los pone en riesgo. La experiencia colombiana indica que, en ocasiones, trabajar en alianzas entre varios medios, o de medios grandes con otro u otros más chicos, puede ser muy productivo. Este es un trabajo de investigación casi policiaco, paciente, prolongado, para el cual es indispensable que, en su medio, el periodista no se sienta sistemáticamente presionado por la consecución de la noticia del día.

- La violencia del conflicto armado. Este fue el caso en Centroamérica en los años ochenta, y lo es en la actualidad en Colombia, donde, dicho sea de paso, se entremezcla con la violencia urbana y la del narcotráfico. Es quizá la situación en la que el periodista enfrenta los mayores riesgos, y los medios masivos sus principales desafíos. Trabajar en condiciones de conflicto armado abierto representa peligros muy grandes, en particular para el periodista de provincia, a cuya puerta tocan a diario la guerra y sus protagonistas para presionarlo, amenazarlo, dirigirlo. El exceso de violencia acarrea exceso de cobertura, conduce a la rutina y a la insensibilización de la gente. Si hay una situación por excelencia que demanda de medios y periodistas, en especial de los que se ocupan de cubrir e investigar este tema, un plan de trabajo, es justamente el conflicto armado.

Por último, cabe incluir aquí, como una categoría separada, la violencia terrorista. La explosión inesperada de una bomba, una amenaza transmitida por teléfono a un medio masivo, el secuestro de un avión son, ante todo, noticias de gran impacto que imponen una aproximación extremadamente responsable y cuidadosa por parte de los medios, tanto en su reacción inmediata, informativa, como en los subsecuentes pasos de la investigación. Esta debe hacerse con un ojo puesto en la información oficial y midiendo muy bien el impacto de cada nuevo dato que medios y periodistas descubran de manera independiente.

La agenda

El primer tema, que raramente se pone en cuestión de modo sistemático al interior de los medios, es el de los criterios *sobre qué* informar. En un alto porcentaje de los casos, se asume que las informaciones sobre la violencia

vienen dadas por la violencia misma (el estallido de una bomba, por ejemplo, para el caso de una información). En muchos países, además, la investigación periodística en general, y no solo sobre la violencia, no es producto de una decisión autónoma del medio o el periodista sino resultado de una *filtración* o de información provista por una fuente (un documento que revela, por ejemplo, un caso de corrupción de un funcionario de alto nivel entregado por sus rivales).

Esto no debe ser siempre así. Por supuesto, hay hechos de la realidad que ameritan por sí solos ser investigados y hay filtraciones que, a veces, conviene seguir. Para seguir con el mismo ejemplo, es apenas lógico (lo contrario sería insólito) que una bomba como la de el club social El Nogal en Bogotá, hace un año, o las de Madrid, el 11 de marzo, desaten de inmediato investigaciones periodísticas. Lo que no siempre sucede es que los medios procedan también por sí mismos, y no se limiten a reproducir las informaciones que van generando los organismos de investigación estatales.

Pero el punto importante a señalar aquí es que los medios de comunicación como empresas y estructuras, y los periodistas como individuos, tienen una capacidad propia de generación de agenda, es decir, de definición propia de cuáles son los temas que pueden tratar.

Para ello, puede procederse en dos fases. Una primera es investigar, al interior del medio (hay interesantes precedentes en Brasil y en Colombia, entre otros), de qué se está ocupando el medio. Esta investigación debe ser cuantitativa y cualitativa: qué peso porcentual sobre el contenido total tienen las informaciones sobre violencia, sobre pobreza, sobre educación, etc., y qué enfoque, qué tratamiento se les está dando. Hacerlo de manera sistemática conduce a resultados que, a menudo, sorprenden a las propias redacciones. Aparece de entrada, por ejemplo, cómo son las fuentes –casi siempre oficiales, o *violentas*– las que determinan buena parte de la agenda de los medios, y raramente son las víctimas o los analistas. Se detecta, también, cómo la pura información de registro tiene un peso mucho mayor que la que contextualiza, pone en perspectiva y analiza el proceso en lugar de dar cuenta del hecho escueto.

Sobre esta base, y a partir de buenas discusiones en la redacción o con los periodistas y editores involucrados, se puede pasar a la segunda fase: definir un plan y trabajar con base en él. La violencia, por definición, es imprevisible, explosiva, compuesta por miles de hechos aparen-

temente aislados, a los que los medios reaccionan de manera espontánea, día a día.

Pero es un fenómeno complejo, que puede ser objeto de una aproximación sistemática, planificada. En cada país tiene características específicas, y puede relacionarse con temas particulares, los cuales pueden ser objeto de un tratamiento en profundidad. Además, cada comunidad tiene sus problemas y sus intereses que pueden establecerse, a partir de mecanismos como *focus groups*, paneles de lectores y otras modalidades (el periodismo público o cívico estadounidense tiene interesantes intentos; en Canadá, *The Globe and Mail* invitó por periodos a un lector a sus consejos de redacción). Hacerlo permite a los medios enfrentar la violencia de manera planificada, midiendo el peso y el despliegue que se da a cada información, e introducir en la agenda pública temas que, con frecuencia, no se tocan.

El proceso

Un cambio de enfoque muy importante (y válido en general para el periodismo de investigación, no solo para el que se ocupa de la violencia), es no pensar en términos de noticias o de incidentes sino de procesos. ¿Cuáles son los procesos importantes, pertinentes, en curso? ¿De cuáles de ellos vale la pena ocuparse de modo sistemático, por qué razones y bajo qué formatos periodísticos? ¿Son o pueden llegar esos temas a ser de interés público y, en consecuencia, es importante ponerlos en la agenda pública?

Asumir la violencia como un proceso, relacionado por múltiples canales con otros procesos en curso en la sociedad, entender que se trata de un componente importante en la vida real, apreciar su justa magnitud, son elementos esenciales para cubrirla responsablemente.

Tómese a Río de Janeiro, en Brasil. Es evidente que allí hay un fenómeno de violencia urbana, en las *favelas*, ligado al narcotráfico, que produce cientos de noticias a diario. Limitarse a contar en cada edición el último asesinato, a acompañar a la Policía en sus operaciones, o entrar ocasionalmente a los barrios para un reportaje, sería totalmente insuficiente. Aunque es mucho más difícil y arriesgado, lo mejor sería encarar este fenómeno como lo que es: un proceso relativamente nuevo, ligado a otros problemas de la sociedad, que puede ser investigado para producir no sólo informaciones específicas, sino conocimiento sobre el mismo, en una campaña periodística

de largo aliento que revele la situación en las *favelas*, la estructura de control territorial de los grupos, las condiciones de la gente común, que escudriñe las políticas públicas con las que se lo enfrenta, que ponga sobre el tapete fenómenos conexos, como la inequidad o el empobrecimiento o el fenómeno general del crecimiento del narcotráfico y del consumo en Brasil. En suma, un cubrimiento que, además de informar, *explique*.

Un ejercicio interesante es comparar la frecuencia con la que *ocurren* homicidios en la vida real y la frecuencia con que *se publican* noticias sobre homicidios en los medios. El desbalance aparece de inmediato: la tasa de aparición de los homicidios en los medios, con escasas excepciones, es mucho más alta que en la vida real. Medir la magnitud de la violencia en la vida frente a la que tiene en el medio masivo en el que se trabaja, puede ayudar a introducir correctivos en la *frecuencia* con que se publican y en el despliegue que se le da a los hechos violentos.

Cómo se informa

Un elemento clave es cualitativo: *cómo se informa*, o, para ponerlo en los términos de los autores arriba citados, cómo se cuenta la violencia. Sin entrar en detalles de análisis de contenidos, todo periodista sabe que, implícito en el texto (entendido en su sentido más amplio, como relato), hay un sistema de valores y apreciaciones cuyo efecto final es *aprobar o desaprobar* lo que se está contando.

Así como hay temas que los medios masivos en las sociedades democráticas han decidido que es ético y responsable vetar —no se publican artículos o se emiten reportes incitando al asesinato o al genocidio, a la segregación racial o de género—, también debe ser parte esencial de la responsabilidad y la ética periodísticas cómo informar sobre la violencia. Si la planificación hace a los contenidos, esta consideración hace a la forma, como un elemento esencial en la transmisión de contenidos.

El exceso de detalles, que en una ocasión puede ser un impacto necesario, contribuye, por el contrario, con mucha frecuencia, a convertir el acto violento en un espectáculo y al relato, en lugar de una pieza que da cuenta de algo que ha sucedido, en una pieza que despoja a lo ocurrido de su sentido y su explicación compleja para convertirlo en un hecho para producir regodeo, impacto, horror.

Con quién termine identificándose el lector, con la víctima o con el victimario, es una buena pregunta para hacerse en estos casos, pues, con alta frecuencia, el segundo es el protagonista de las noticias, cuando perfectamente puede trabajarse para que sea lo contrario.

Igualmente, contraponer a la violencia historias positivas es todo un desafío periodístico. “Contar el bien”, como lo llaman los autores citados más atrás, es extremadamente difícil en periodismo. Son historias que *no venden*, como se dice en el medio, y hacerlas bien hechas demanda oficio y arte. Pero pueden, por contraste, generar impactos altamente positivos.

Otro elemento a destacar aquí es que, en sociedades como las nuestras, donde la violencia es recurrente y cotidiana, la forma como ésta se cuente es decisiva para que la información no conduzca a la insensibilización en el público o para que contribuya a combatirla. En este punto juegan un papel muy importante dos tipos de historia muy distintos: por una parte, las historias individuales, que humanizan, que acercan al lector a un problema general a través del relato sobre un individuo o una familia, y que impiden deshumanizar a las víctimas; y, por otra, las historias más analíticas y generales, los informes que toman un tema y lo exponen al público de manera analítica, indispensables para contextualizar, entender, debatir.

Subyace a este tema, así como a toda la discusión sobre cubrimiento responsable de la violencia, una dimensión ética, a la cual no nos referiremos aquí en detalle. Baste señalar que, con frecuencia, el periodista *delega* en el medio la responsabilidad en este campo, aduciendo que el jefe, el editor, el dueño, le piden determinado material o le demandan un cierto enfoque que él, en consecuencia, está obligado a producir. Esto es cierto, y es evidente que una ética del medio masivo está de por medio (para ponerla en blanco y negro, por ejemplo, la que subyace a un diario amarillista o a uno *serio*). Pero también es muy importante asumir la ética como un compromiso individual, de pequeñas o grandes decisiones, que se toman también a nivel personal. Trabajar en un medio sensacionalista, relacionarse de manera indebida con las fuentes, publicar o no un artículo, tomar o no una determinada fotografía son decisiones que involucran una dimensión ética y que son tomadas por individuos, por un editor o un periodista. Un viejo editor estadounidense (McGuire, 2003), en una típica muestra del pragmatismo anglosajón, llama a los periodistas a hacerse la siguiente pregunta, tan simple como profunda desde el punto de vista ético:

co, ante su texto terminado o ante una decisión editorial: ‘¿qué pensará de esto mi madre?’.

Entre un buen relato sobre la violencia y uno malo hay una línea tan fina –y tan gruesa– como la que hay entre erotismo y pornografía. Y esa línea depende, en una inmensa medida, de cómo se cuenta la violencia.

Las fuentes

El último punto al cual quiero referirme en esta exposición es la cuestión, capital, de las fuentes de la información. Si siempre se trata de un tema central en el periodismo, para la investigación periodística de la violencia lo es aún con mayor fuerza.

Cada tipo de violencia impone, en cierta medida, fuentes distintas y demanda del periodista que lo cubre conocimientos distintos. En general, y muy esquemáticamente, cabe hablar de cuatro tipos básicos de fuentes: las policiales (incluyendo a los organismos de seguridad y las fuentes oficiales, de gobierno); los victimarios (criminales, narcotraficantes, grupos armados irregulares); los analistas (especialistas, responsables de políticas públicas, políticos), y, por último, las víctimas.

Para una información completa y balanceada sobre la violencia, todas son necesarias. Pero, en una pieza de investigación, hay que sopesar cuidadosamente el *balance* entre estas distintas fuentes. ¿Quién tiene el protagonismo? ¿Quién es la base esencial de la información? ¿Quién puso el tema sobre la mesa: el periodista o una de las fuentes? ¿De dónde estoy sacando lo esencial de mi información?

Una de las grandes ventajas de trabajar en función de temas y procesos y no de noticias o revelaciones es que permite al periodista tomar distancia de las fuentes, en especial las oficiales o las *violentas*. Un conocimiento pobre de los temas y la dependencia de la *chiva* o revelación conducen al periodista a una alta dependencia de las fuentes. Lo contrario, un serio conocimiento del tema, un amplio abanico de personas a las que puede consultar, no solo reducen esa dependencia y hacen que la fuente respete al periodista, sino que –y esto lo comprueba la experiencia– son en sí mismos una fuente de noticias.

Es imposible lograr este conocimiento sin dos herramientas básicas. La primera de ellas, lamentablemente, es poco empleada por los periodistas, y

raramente se piensa en ella como una de las principales fuentes: la lectura. Leer es indispensable para adquirir el conocimiento complejo que demanda un tema por definición complejo como la violencia. Y todo periodista que recurre a él encuentra rápidamente cómo de una realidad plana y vulgar empiezan de pronto a aparecer facetas y aristas, hasta entonces ocultas, sobre las cuales vale la pena informar e investigar y que muchas veces pueden convertirse en noticias destacadas. El segundo elemento es la evidencia directa, de primera mano. Esta es particularmente importante en condiciones de conflicto armado, en las que la realidad está sujeta a la apasionada versión de cada parte. Pese al riesgo y a las dificultades que supone, es imposible hacer buenas investigaciones sobre la violencia en esas condiciones sin ir a los lugares, hablar con la población y las víctimas, entender las formas de control territorial de los grupos armados, mirar a los ojos a sus jefes y hablar con sus combatientes.

El caso de los paramilitares en el cubrimiento de El Tiempo

Quiero terminar exponiendo, a modo de síntesis práctica, lo que estamos intentando hacer en el diario El Tiempo, en Bogotá, alrededor de la negociación entre el gobierno y las Autodefensas Unidas de Colombia, más conocidas como los paramilitares, que viene adelantándose hace 19 meses. Se trata de un típico ejemplo de investigación de la violencia, en condiciones de violencia. Por supuesto, no se trata de ponerlo como un caso ejemplar; más bien apenas como un ejemplo, aún por desarrollar y perfeccionar, de las dificultades y las posibilidades al intentar un cubrimiento responsable de un fenómeno de violencia, y al asumirlo como una tarea de largo plazo, planificada y coherente.

Este caso reúne todos los problemas que venimos analizando. En Colombia confluyen todas las violencias: urbana, armada, del narcotráfico. En la negociación está involucrada una de las fuentes generadoras de violencia (y de noticias) más importante. Es evidente que solo por el hecho de estar en diálogos con el gobierno, los paramilitares ocuparán una parte sustancial del cubrimiento informativo periodístico. Esto significa que un grupo armado que ha causado indecibles horrores y sufrimientos contará, quíerese o no, con una alta visibilidad, y que esa visibilidad tiene el efecto colateral de tender a legitimarlo o *normalizarlo* a ojos del público.

En *El Tiempo* tratamos de diseñar desde el comienzo un plan para cubrir la negociación, uno de cuyos puntales fue la decisión de que, para poner en contexto este proceso clave para la sociedad, y en su justo lugar a uno de sus protagonistas, era indispensable una atención investigativa –no solo informativa– especial.

Así, al lado de la información cotidiana sobre la marcha de las negociaciones, las declaraciones de las partes y los análisis de los observadores, hemos definido una labor de investigación perseverante, sistemática, tendiente a contar a los lectores quiénes son los grupos paramilitares, que controlan porciones sustanciales de territorio por todo el país y sobre los cuales existe un inmenso desconocimiento. Esto nos ha llevado a viajar, una a una, a las regiones de implantación de estos grupos, a hablar con sus jefes y a producir reportajes e informes especiales que intentan, además de informar, llenar ese vacío de conocimiento sobre estos grupos. El diario está intentando trabajar en esto no como una fuente de información sino, también, como una fuente de conocimiento. Un equipo de varios periodistas y editores está a cargo del tema. Se ha revisado la literatura existente, se han hecho mapas, se consulta regularmente a analistas, con los cuales está empezando un plan para hacer desayunos de trabajo regulares. Se trabaja mucho *off the record*, como en casi toda investigación periodística, pero sobre todo con el objeto de profundizar en el conocimiento del tema, no para conseguir noticias.

Esto, además de una serie de reportajes y entrevistas con los jefes paramilitares y sobre sus zonas de influencia, mecanismos de control territorial y poblacional, permitió, por ejemplo, esclarecer la participación de destacados narcotraficantes en su “estado mayor”, hecho sospechado por todo el mundo, pero hasta entonces sin pruebas.

El tema nos ha llevado a discusiones que no se habían hecho. Por ejemplo, cómo escribir sobre estos personajes, cómo denominarlos, cómo introducir en cada información elementos que señalen de modo sistemático al lector de quiénes se trata y no simplemente el protagonismo actual con el que cuentan.

En esto, la agenda del periódico ha provenido de una definición interna, a partir de considerar una de las grandes noticias en curso más como un proceso que simplemente como una noticia. La decisión ha sido volcar una parte importante de la fuerza y la atención investigativas del periódico a cu-

brir un proceso específico, a descomponerlo por temas y a asumir que, paralelamente a la información, el trabajo de fondo, detenido, es capital.

La violencia, en muchas formas, vive con nosotros, marca nuestras vidas y está presente, cada día más, en los medios masivos. La crítica académica a las formas que adquiere su representación mediática y el estudio de los efectos que genera son pertinentes e importantes, y los periodistas que trabajamos en estos temas deberíamos estudiarlos y prestarles atención. Pero es igualmente cierto que los medios tienen sus propias lógicas y mecanismos, sus propios modelos de aproximación a la realidad. Sin tenerlos en cuenta es imposible mejorar el cubrimiento y la investigación sobre la violencia en nuestras sociedades. Lo que he intentado es esbozar, de manera muy esquemática, unas líneas generales de cómo los periodistas y los medios podemos avanzar, responsablemente, en esa dirección.

Bibliografía

- Bettetini, Gianfranco y Fumagalli, Armando. 1999. *Lo que queda de los medios: ideas para una ética de la comunicación*. Tucumán: La Crujía Ediciones.
- Lowery, S.A. y DeFleur, M.L. 1995. *Milestones in Mass Communication Research: Media Effects*. (3rd. edition). White Plains, NY: Longman.
- McGuire, T. y Lundy W. 2003. *Ethics in Journalism*, Hodges, L. (editor), Universidad de Washington y Lee, Washington.
- Rodrigo, Miquel. 1996. *La construcción de la noticia*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Universidad de California (UCLA). 1996. *Televisión Violence Report*, Center for Communication Policy, Los Angeles. Puede encontrarse en: <http://ccp.ucla.edu/Webreport95/history.htm>